

Técnica Moderna: Entre el peligro y la salvación del hombre

Modern Technique: Between Danger and Man's Salvation

Técnica ko'agagua: Ohundi ha oipysyrõkuaáva yvypórape

Abelardo Montiel

Universidad Tecnológica Intercontinental

Nota del autor

*Decanato de la Facultad de Ciencias Humanas y Ciencias Exactas
montiel.abelardo@yahoo.es*

Resumen

El tema abordado en este artículo es la técnica moderna en cuanto que emplaza al hombre en su relación natural con la naturaleza en cuanto tal (tierra, cielo, lo divino y el hombre). Este artículo está inspirado en el texto *La cuestión de la técnica (Die Fragenach der Technik)* de Martín Heidegger. Esta temática además de ser interesante, pues, es sumamente emergente, porque estamos envueltos de un modo u otro en la técnica, en algunos casos consiente y otros inconscientemente. Esta temática cobra determinación con el siguiente título: *Técnica Moderna: Peligro y la salvación del hombre*. Este título orienta la reflexión del presente artículo, por eso se plantea la siguiente pregunta general, que versa así: ¿En qué consiste la esencia de la técnica moderna que peligran mortalmente al hombre y de qué manera este puede encontrar una vía de salvación ante su amenaza? Esta investigación es de carácter documental. Adopta un método analítico, hermenéutico y expositivo de dicho texto de Heidegger. La esencia de técnica moderna no solo está presente en la vida del hombre, sino está constituyéndose parte de su existencia. El hombre produce la técnica y la desarrolla exponencialmente hasta el punto que perdió el control de ella, de ahí surge el peligro para la naturaleza; sin embargo, si el hombre recapacita y cambia su modo de pensar y ejerce su libertad con responsabilidad, quizás pueda todavía influir en este orden de las cosas y revertir su inminente destrucción.

Palabras clave: Modernidad, Técnica, Poiesis, Provocación, Imposición.

Abstract

The subject addressed in this article is "modern technique" in that it places Man in his natural relationship with nature such as earth, sky, the divine and Man. This article is inspired by the text *the question of technique (Die Fragenach der Technik)* by Martin Heidegger. This theme, besides being interesting, is extremely up-and-coming, because in one way or another we are involved in technique, whether it be consciously or unconsciously. This theme takes on determination through the following title: *Modern*

Technique: Danger and the salvation of Man. This title guides the reflection on this article, which is why the following question is raised: “What is the essence of modern technique that so mortally endangers Man and how can He find a way of save himself before this threat?” This research is documentary in nature and adopts an analytical, interpretive and explanatory method of Heidegger's texts. The essence of modern technique is not only present in Man's life, but is establishing itself in His very existence. Man produces technique and develops it exponentially to the point that he loses control of it, from there arises the danger to nature; however, if Man reconsiders, changes his way of thinking and exercises his freedom responsibly, He perhaps can still influence this order of things and reverse its imminent destruction.

Keywords: Modernity, technique, poiesis, provocation, imposition.

Mombykypyre

Ko jehaipýpe oñehesa'ýjo mba'éichapa técnica ko'ağagua omohendapyahu yvyporakuérape naturaleza renondépe (yvy, yvága, tupãrenda ha yvypóra). Ko jehaipy ojepyaha texto *La cuestión de la técnica (Die Fragenach der Technik)* Martín Heidegger rembiapokue ári. Ko ñe'ẽrã niko tuicha mba'evoi ijehegui, ha upéva ári oñeñe'ẽmeme hese ko'áğa rupi, ojekuaaha rehe técnica ojerepaiteha opavave rehe, ojehechakuaa ha ojehechakuaa'ýre. Ko mba'e oñehakã'í'o aranduka *Técnica Moderna: Peligro y la salvación del hombre*-pe. Ko téra oporohesape'a ojejepy'amongetávo ko jehaipýre, ha upévare ojerojera ko mba'eporandu: Mba'eichakuépa técnica ko'ağagua omoingekuaa tesaparápe yvyporakuérape ha ikatuete ohundi ichupe, ha mba'éichapa ha'ekuéra osẽkuaa ichugui. Ko jeporekapy oñemboguata hağua ojejepovyvy kuatia ojehaipyrévape. Ohesa'ýjo upe Heidegger rembiapokue. Técnica ko'ağagua ndaha'úi ojejuhúva yvyporakuéra apytépe año, ha'e oikevai hekovetekuérape. Yvopóra omoheñói ha omongakuaa ko'ẽreire umi técnica, ha upéi katu ojei ipógui, ha upépe ha'e ouvaikuaa naturaleza ári; áğa katu yvypóra ikatu ojevy ijehe ha omoambue hembichecha ha oguata tape rupi porã; upéicharamo, ikatúne gueteri ohapejoko mba'e ouvaikuaáva ichupe ani hağua oñehundi.

Mba'e mba'érepa oñeñe'ẽ: Modernidad, Técnica, Poiesis, Ñeporomopo'ẽ, Jeporojopy.

Fecha de recepción: 08/01/2021

Fecha de aprobación: 25/03/2021

Técnica Moderna: Entre el peligro y la salvación del hombre

Este artículo, cuyo título es *Técnica Moderna: Peligro y la salvación del hombre*, busca relucir las ideas sustantivas del filósofo alemán Martin Heidegger sobre la cuestión de la técnica. El título sugiere, por un lado, establecer no solo la naturaleza de la técnica moderna, sino también vincular su esencia con la actividad del hombre; por otro lado, manifestar los peligros, en el que el hombre está envuelto a raíz del poder de la esencia de la técnica. Asimismo, indica algunas posibilidades de salvación, que todavía el hombre tiene ante la inminente hecatombe. A partir de las dificultades que emergen del título, pues, se plantea la siguiente pregunta genérica que guiará la reflexión en este artículo. ¿En qué consiste la esencia de la técnica moderna que peligra mortalmente al hombre y de qué manera este puede encontrar una vía de salvación ante su amenaza? Esta cuestión genérica se determina en cuatro preguntas específicas como ser: ¿En qué consiste la modernidad y cómo propicia el surgimiento de la técnica? ¿Cuál es la esencia de la técnica moderna? ¿Cuáles son los peligros relacionados con la técnica moderna? ¿Es posible una reorientación del hombre ante el inminente peligro de la esencia de la técnica?

La primera pregunta conduce la reflexión acerca del concepto de la modernidad y la puja en cuanto al establecimiento de su origen y evolución. En este aspecto entraran en escena algunos filósofos relevantes como Descartes, Hegel, Habermas y Dussel, quienes desde diferente *locus* filosófico defienden sus posturas acerca de la modernidad. Los tres primeros desde el centro de Europa y el último desde la periferia latinoamericana. La segunda pregunta guía la meditación acerca de la técnica en cuanto tal y sobre su esencia; esta está estrechamente vinculada al hombre, porque el hombre es el único ente que puede percibir el paso del ser manifestado en la técnica. La tercera pregunta busca, más que arrojar respuesta, dar una advertencia seria al hombre moderno sobre el curso de la técnica, vale decir, el hombre está entregado al mando catastrófico de la misma, porque perdió dominio sobre ella. La cuarta y la última pregunta, sin embargo, hace una advocación al hombre para que despierte, recapacite, piense de manera diferente y tome una actitud distinta a partir de su libertad a los efectos de tratar de reorientar el surco de la historia.

Esta investigación científica se fundamenta en argumentos documentales debida y racionalmente argumentados e, incluso, empíricamente ilustrados.

Cada una de estas preguntas se desarrolla mediante un método analítico, hermenéutico y expositivo del texto de Heidegger. La apropiación de la filosofía heideggeriana exige necesariamente una adecuada discriminación de los conceptos e ideas, puesto que las reflexiones de este filósofo se enmarcan dentro de una *metafísica fundamental*, que tiene como horizonte la *diferencia ontológica*, la cual ha sido olvidada por la metafísica tradición; de ahí que la hermenéutica es imprescindible, por tanto, es necesario seguir las huellas del sentido del ser, no del ente; y solo procediendo de este modo, pues, se está en condiciones de exponer sustancialmente la cuestión.

La modernidad: Condición de posibilidad de la técnica moderna

La modernidad está relacionada con una etapa de la evolución histórica de la cultura occidental; pero, cuándo se ubica esa época histórica que determina la genuina constitución de la modernidad. Esta cuestión no es sencilla. Hay, quienes colocan el origen de la modernidad en el renacimiento (italiano, francesa, alemán, etc.); quizá, este período contribuyó en algunos aspectos de la modernidad, pero, no la constituyó.

Algunos pensadores se remontan al *Discurso del método* del filósofo francés, Rene Descartes, quien escribió esta obra en 1637 en Ámsterdam, Países bajos, para justificar el origen de la modernidad. Este filósofo inauguró una perspectiva ontológico-epistemológica basada exclusivamente en la razón, que es conocida como racionalismo. El racionalismo es un atributo esencial de la modernidad, por eso, esta está estrechamente vinculada con la razón. El principio metafísico cartesiano “pienso, luego existo” (*cogito, ergo sum*) coloca al hombre en el centro de la naturaleza. El “yo pienso”, actividad esencial de la razón, se constituye como la única existencia de un poderío intelectual, económico, político, cultural, etc., y que se autodetermina como “centro” o “ser”; mientras que el “otro periférico” para el “yo pienso” cartesiano es solo el no-ser, o sea su existencia está negada.

Bajo esta autoconciencia el hombre moderno europeo y eurocéntrico, como nunca antes en la historia, sometió al otro diferente que él con violencia y muerte. El racionalismo de Descartes, según algunos pensadores, justificó filosóficamente la modernidad, pero, no la originó.

Habermas y otros pensadores, comparte la idea que el aporte de la racionalidad de Descartes es importante, pero la modernidad empezó a desarrollarse con claridad y fuerza a partir de la Ilustración y la Revolución francesa y de ahí se desplegó tal como las percibimos en la actualidad. Habermas (1985) se apoya en este sentido en el pensamiento de Friedrich Hegel; pues, sostiene que “fue Hegel el primer filósofo que desarrolló un concepto claro de modernidad; a Hegel será menester recurrir, por tanto, si queremos entender qué significó la interna relación entre modernidad y racionalidad” (p. 15). Hegel hace una demarcación bien concreta entre una era antigua y una era nueva (*einealteZeitundeineneueZeit*). Si bien es cierto, que dentro de esta nueva era, Hegel considera el descubrimiento de América, el renacimiento y la reforma, sin embargo, para él estos acontecimientos no fueron esenciales, ni muy relevantes como la ilustración y la revolución francesa. Hegel (1999) sostiene al respecto que:

No es difícil darse cuenta, por lo demás, de que vivimos en tiempos de gestación y de transición hacia una nueva época. El espíritu ha roto con el mundo anterior de su ser allí y de su presentación y se dispone a hundir eso en el pasado, entregándose a la tarea de su propia transformación. (p. 12)

Esa nueva época (*neueZeit*), de la cual habla Hegel está marcada en la Ilustración y la Revolución francesa, puesto que estos acontecimientos históricos son manifestaciones patentes del *Espíritu Absoluto*, vale decir, aparece ahí donde hay dinamismo, progreso, cultura, etc.

El filósofo latinoamericano, Enrique Dussel (1994), tiene otra perspectiva sobre la modernidad. Él propone convincentemente que la modernidad y el capitalismo se originaron como período histórico en 1492, época que llegaron los españoles en esta sagrada tierra, hoy, llamada América; para sustentar este argumento es necesario redimir a España y a Portugal, que desde el inicio del siglo XVIII fueron excluidos del centro europeo. El sur de Europa era peyorativamente considerado subdesarrollado e incapaz de hacer florecer en su interior la ilustración o la industria. En este sentido, nos recuerda Reyes Mate (2002), la visión sustantiva de Hegel como sigue: “África comienza en los pirineos” (p. 81). Esta expresión, por un lado, denigra a los africanos y, por otro lado, ofende tremendamente a los españoles y portugueses. La redención de España y Portugal es necesaria¹ por dos motivos: a) La orgullosa Europa de la reforma, de la ilustración y de la revolución francesa, de la revolución industrial, etc., se debe a España y Portugal. b) Sin la redención de España y Portugal como protagonista fundamental de la historia, pues, América Latina seguirá sumido en el olvido de la historia universal.

España derrumbó al imperio otomano, que controlaba y dominaba todo el mediterráneo desde el califato de Córdoba, que actualmente se halla en la actual región de Andalucía. España y Portugal abrieron las puertas de Europa a través del océano atlántico e infelizmente llegaron a las indias (América). La modernidad surge con el robo de toneladas de platas y oros, que en poco tiempo llegaban a la metrópolis y rápidamente se distribuyeron en Europa central; estos minerales extraídos sobre el cadáver de millones de aborígenes y negros cambiaron la condición económica, política y social de los europeos. Europa, gracias al reino de España y Portugal, salió del oscurantismo (edad media), del subdesarrollo económico, político y cultural. Dussel (1994) sostiene en este sentido:

Europa Occidental no era el “centro”, ni su historia había sido *nunca* el “centro” de la historia. Habrá que esperar a 1492 para que su centralidad empírica constituya a las otras civilizaciones en su periferia. Este hecho de la salida de Europa Occidental de los estrechos límites dentro de los cuales el mundo musulmán la había apresado constituye, en nuestra opinión, el nacimiento de la Modernidad. 1492 es la fecha de su nacimiento, del origen de la “experiencia” del *ego* europeo de constituir a los Otros sujetos y pueblos como objetos, instrumentos, que se los puede usar y contralar para sus propios fines europeizadores, civilizatorios, modernizadores. (p. 104)

América significó para los europeos apertura de un encerramiento político, económico y cultural; pero, sobre todo, significó un poderío económico como nunca antes habían experimentado. Las toneladas de plata y oro robadas de América Latina les dieron bienestar, poder, ocio y arrogancia. Europa se edificó sobre la sangre y ruina de América Latina, por esta razón, el continente americano es constitutivo de la modernidad. Sin esta realidad histórica no existiría un período histórico llamado “modernidad”. Al respecto dice Dussel (1994): “Lo que era oro y plata en Europa, dinero del capital naciente, era muerte y desolación en América” (p. 52). La modernidad eurocéntrica es fruto de América.

¹ Cfr. Dussel (1994, p. 105).

La modernidad es un período de la historia, en el que no solo se descubre la razón impositiva, conquistadora y colonizadora, sino súbitamente se establece a sí misma como patrón de convivencia política, social, económica, cultural, etc., de la Europa occidental. La racionalidad, característica esencial de la modernidad, no tardó manifestar su potencialidad desarrollista.

La conquista del racionalismo se vio reflejada por la primera revolución industrial. El desarrollo científico-técnico mostró su efectividad y su encanto. La revolución industrial pone en marcha no sólo una manera nueva de producción, sino inaugura un nuevo orden de hegemonía económica. El principio del neo-imperialismo, que emerge de la revolución industrial, no es otra que el capitalismo voraz. Al respecto, nos dice Delgado de Cantú (2005) que “este tipo de imperialismo [...] surgió en relación con la gran expansión económica e industrial del capitalismo monopolista, y constituye una nueva forma de explotación colonial...” (p. 387). La revolución industrial asegura la producción a gran escala e incita al hombre a consumir, crea reflejos de necesidades, mientras que el capitalismo salvaje acumula bienes y riquezas. En este sentido expresa Marcuse (1993):

De nuevo nos encontramos ante uno de los aspectos más perturbadores de la civilización industrial avanzada: el carácter racional de su irracionalidad. Su productividad y eficiencia, su capacidad de incrementar y difundir las comodidades, de convertir lo superfluo en necesidad y la destrucción en construcción, el grado en que esta civilización transforma el mundo-objeto en extensión de la mente y el cuerpo del hombre hace cuestionable hasta la noción misma de alienación. (p. 39)

La modernidad, caracterizada por la racionalidad técnico-científica, estimula a través de todos los medios a consumir lo producido. Por un lado, la racionalidad técnico-científica es el motor de la explotación humana y de la naturaleza, cuyo fin es el crecimiento del capital. Por otro lado, esa racionalidad establece los medios pertinentes y eficaces para que la gente consuma. La gente alienada no se satisface con las necesidades básicas (trabajo, alimentación, educación, vivienda y salud), sino se exceden con cosas innecesarias y superfluas; para esa gente todo le es necesario y de este modo se convierte en un compulsivo consumidor, con ello se robustece intencionalmente el sistema capitalista.

La modernidad (racionalidad) llegó a su cúspide con la segunda guerra mundial del siglo pasado. En esta guerra salió a la luz la potencialidad más oscura y ruin del hombre racional-moderno.

Los grandes intelectuales de la postguerra del siglo pasado señalaron con ímpetu las funestas manifestaciones de la crueldad del hombre moderno. Estas se sellaron con la destrucción de las ciudades de Hiroshima y Nagasaki con la bomba atómica. Las críticas no se limitaron solo a esas consecuencias, sino también se advirtieron acerca de la fuerza casi incontenible de los avances científico-técnicos de la modernidad. Dentro de esta perspectiva se enmarca nuestra lectura crítica de la cuestión de la técnica moderna de Martín Heidegger.

La esencia de técnica moderna

Martin Heidegger, filósofo alemán, floreció sus pensamientos en las décadas de los treinta y creció hasta las décadas de los ochenta del siglo pasado, marcó un hito en la historia del pensamiento occidental. Dio a conocer su meditación sobre la técnica moderna en una conferencia dictada en el año 1953, que fue publicada con el título “la pregunta por la técnica (*Die Fragenach der Technik*), que se constituyó en un tema central en su pensamiento. Esta obra es esencial para comprender el fenómeno de la técnica en este mundo globalizado.

El adjetivo «técnico» proviene del adjetivo griego «*τεχνικον*», el cual, a su vez, tiene su base en el sustantivo «*τεχνη*». Esta palabra fue traducida al latín por *ars*, *artis*, la cual viene asumida en la lengua romance y anglosajona por «arte». En la lengua alemana esa expresión equivale a «*Kunst*». Pero, ¿A qué llamamos técnica? La técnica es una palabra polisémica; he aquí una acepción, que nos presenta el Diccionario de la *Real Academia de la Lengua Española*. Técnica es algo “pertenece o relativo a las aplicaciones de las ciencias y las artes”. Esta definición no sólo adhiere la técnica a las ciencias y a las artes, sino la mantiene dependiente de ellas.

Heidegger (1997) trae a colación dos definiciones corrientes de la técnica: a) “La técnica es un medio para un fin”, b) “La técnica es un hacer del hombre” (p. 114). Estas definiciones que aprehende Heidegger de la tradición llevan a una primera aproximación al sentido de la técnica. Ambas definiciones están estrechamente relacionadas con el hombre. El hombre hace, produce, ordena y pone a disposición algo para algo. Estas concepciones de la técnica son *correctas*. Este celular o (este dispositivo telefónico), por ejemplo, es un existente, que está ahí presente como producto del hombre, pero, a su vez, es un medio para lograr fines. Lo mismo una central nuclear (o estación nuclear) es un producto del hombre y a su vez es un instrumento para alcanzar fines. Estos fines pueden ser buenos o malos, dependen como se los utilizan, porque es un instrumento; en este sentido, reiteramos, que la concepción de la técnica moderna como un instrumento es *correcta*. Cuando decimos que es correcta estamos expresando que la técnica en cuanto instrumento cumple el fin para lo que fue producida.

La concepción de la técnica como instrumento proporciona al hombre una tranquilidad psicológica, porque ejerce o piensa por lo menos ejercer un dominio sobre la técnica. Tal como expresa Heidegger “se quiere, como se suele decir, tener espiritualmente en el puño a la técnica. Se la quiere dominar. El querer dominarla se hace tanto más urgente, cuanto más amenaza la técnica con escapar al control del hombre” (p. 115). Veamos en qué sentido el hombre pierde el control de lo producido. Cualquier instrumento está ahí para ser dominado. Este celular, por ejemplo, que mantengo conmigo, es un instrumento, por lo tanto, tengo poder sobre él. Le comando (le mando). Regulo su volumen, lo guardo, donde me sea más cómodo, exijo de él, lo que potencialmente es capaz de darme conforme a “mis necesidades”; por ejemplo, enviar un simple mensaje a una persona, o sacar una foto. Pero, la pregunta es: ¿Puedo yo controlar y comandar a todos los celulares? La respuesta es un rotundo no. ¿Existe un grupo de personas, empresas, compañías u consorcios, que puedan dominar o comandar a todos los celulares? ¡No! Reitero, puedo comandar a este celular, que es mío; puedo,

incluso, destruirlo, pero, jamás podré comandar y destruir los celulares que están diseminados a lo largo y ancho del planeta.

Si esta es la situación con respecto al celular, entonces, ¿qué sucede con las industrias químicas, con las industrias de armas, con la manipulación genética, con los centros nucleares, con las armas atómicas, etc.? ¿Quiénes saben lo que se están produciendo en los laboratorios y quienes están en condiciones de controlar esas producciones? Si la técnica no puede ser dominada, entonces, ella no sólo es un mero instrumento, sino es *algo* más... ¿Qué es la técnica? La técnica no es sólo lo *correcto*, en cuanto que está ahí a la luz y cumple un fin determinado, sino está vinculada con el *desocultar*. Lo desocultado es lo *verdadero*, por lo tanto, la verdad de la técnica consiste en sacar lo real de su estado oculto y dejarlo des-oculto como un existente (objeto). El acto de sacar lo real de su estado oculto a su estado de des-ocultamiento es lo verdadero. La verdad es desocultar lo real. El contenido que Heidegger da a la realidad (*Wirklichkeit*) está referido a lo *existente posible*, es decir, a realidades que todavía no están disponibles a la mano, pero, que potencialmente pueden llegar a ser un existente concreto o un objeto. Ilustramos este concepto trayendo nuevamente a colación el aparato “celular”. En las décadas de los sesenta el celular no existía como lo conocemos hoy día, porque todavía estaba oculto en cuanto posibilidad real; sin embargo, hoy hacemos uso de él, porque llegó a ser des-ocultado, llegó a ser un existente concreto. Las realidades des-ocultadas por el avance científico-técnico son in-contadas.

La técnica debe ser aprehendida desde su esencia; la concepción instrumental de la técnica no manifiesta la esencia de la técnica; ésta se revela, es decir a partir de la verdad. “Lo meramente correcto no es aún lo verdadero” (p. 115). La técnica en cuanto “correcto” es el instrumento que está ahí a disposición del hombre, listo para ser utilizado; pero la esencia de la técnica es algo distinto.

Heidegger hurga en el pensamiento aristotélico para aprehender el origen y el sentido de la esencia de la técnica. La palabra griega *αιτια*, que equivale a *causa* en la lengua romance y a *Ursache* en la lengua alemana, tiene el sentido de aquello “que es responsable de algo” (p. 118). Bajo esta perspectiva interpreta las cuatro causas aristotélicas: material, formal, fin y eficiente (*υλη, ειδος, τελος και λεγειν*). En cada instrumento están imbricadas las cuatro causas que son responsables, por ejemplo, que este celular esté aquí y se me done como un instrumento poli-funcional. Las cuatro causas “dejan venir lo todavía no presente a la presencia” (p. 119), o sea, son los que permiten que un existente sea considerado tal, o como dice el filósofo *dar-lugar-a* (*Ver-an-lassen*). La concepción de la causa aristotélica deja entrever la esencia de la técnica. Esta no se debe buscar entre entes o existentes, que ya están manifiestos en la luz, es decir, que ya están a la mano (como este celular), sino, por el contrario, la esencia de la técnica se debe descubrir en aquellas realidades, que aún no han aparecido a la luz del día, pero la posibilidad que aparezcan en cualquier momento y circunstancia son inminentes. ¿De qué manera se hace aprehensible la esencia de la técnica?

Heidegger trata de ilustrar la esencia de la técnica a partir de una frase del *Symposium* de Platón, que dice: “Todo dar-lugar-a que algo (cualquiera que sea) vaya y proceda desde lo no-presente a la *presencia*, es *ποιησις*, es pro-ducir” (p. 119). El giro

dar-lugar-a des-oculta algo a través del producir (*ποιησειν*). Este producir hay que entender bajo dos sentidos fundamentales: a) La naturaleza (*φυσις*) hace brotar desde sí misma la vida. En este sentido la natural el *zaper se* produce algo. La naturaleza lleva en sí (*εν εαυτω*) la potencialidad de transformar, producir constantemente la vida, o como ilustra el filósofo “el brotar de las flores en el florecer” (p. 120); b) Por el contrario, lo que viene producido por la acción propiamente humana es también un producir, pero este producir es en otro (*εν αλλω*), esto significa que la producción humana es artificial, o sea necesita actuar sobre una materia para producir, es decir produce algo siempre a partir de algo, por ejemplo, un escultor que trata sacar una figura debe necesariamente trabajar sobre una piedra, madera, etc.; pero, la acción de producir es común tanto para la acción de la naturaleza como para la acción humana. “El pro-ducir acontece solamente cuando llega lo velado a lo desvelado” (p. 120). Lo desvelado o lo des-ocultado es lo que los griegos concebían como la *alétheia* (*αλεθεια*). En el brotar viene a la luz el florecer de las flores. Las flores estaban ocultas, pero se des-abrochan en el mismo florecer. En este sentido Heidegger se pregunta: “¿Qué tiene que ver la técnica con el des-ocultar? Respuesta: Todo. Pues, en el des-ocultar se funda todo producir” (p. 120). La técnica en cuanto saca a la luz lo oculto es des-ocultar y, en cuanto, des-ocultar es verdadera.

La técnica, tal como es indicada hasta aquí, es un producir, pero su significado no se reduce a la producción natural, artesanal o artificial, porque ella connota también conocimiento. “La palabra *τεχνη* está unida, desde los comienzos hasta el pensar de Platón a la palabra *επιστημη*” (p. 121). Episteme (*επιστημη* en la jerga filosófica se traduce como ciencia (o conocimiento). Cuando pensamos en la técnica, debemos tener presente estas dos significaciones: *Producir y conocer*. Estos le son inherentes. El conocimiento es el que crea las condiciones para el producir artesano, en otras palabras, estimula a descubrir y sacar a la luz el existente. Al respecto dice el filósofo: “El conocer abre. En cuanto abriente, es un des-ocultar [...]. La técnica es un modo de *αλεθειειν*” (p. 121). La *alétheia* en cuanto verdad del ser es el desabrocharse, o el abrirse espontaneo y natural de la flor. De ahí que el ser de lo existente aparece y desaparece, des-oculta y oculta, revela y vela.

Con esto hemos disipado el sentido de la técnica para el mundo griego, pero, la pregunta es: ¿Vale también la concepción griega de la técnica para la técnica moderna? En otras palabras: ¿En qué consiste la técnica moderna? Si bien es cierto, que la concepción griega de la técnica está en la base de la técnica moderna, sin embargo, la esencia técnica moderna no es un mero producir artesanal (*ποιησις*), sino, más bien, es un *provocar* (*herausfordern*). En palabra del filósofo se lee:

La técnica moderna no se despliega en un pro-ducir en el sentido de *ποιησις*. El desocultar imperante en la técnica moderna es un provocar que pone a la naturaleza en la exigencia de liberar energías, que en cuanto tales puedan ser explotadas y acumuladas (p. 123).

Es notable la diferencia que hace Heidegger entre la relación de producción que se da entre el hombre campesino (los pueblos aborígenes) y la naturaleza. El campesino no provoca a la naturaleza, él mueve la tierra para echar sus semillas y luego espera que la tierra haga germinar la semilla y de fruto. El campesino “cultiva” y “cuida” del campo,

sin violentarlo; mientras que la técnica moderna provoca a la naturaleza. El campo, por ejemplo, se convierte en lugar de explotación en manos de los ingenieros agrónomos. La semilla natural del maíz se manipula genéticamente con el fin de exigir de ella mayor producción y así surgieron las semillas transgénicas. La selva, los bosques y los arroyos se transformaron en espacios industriales, en los cuales dominan el agro-industria y ganadería (soja y ganado). La naturaleza es obligada por el hombre a liberar su energía de manera acelerada y desproporcionada.

El campo es ahora industria motorizada de la alimentación. El aire es puesto dentro de la entrega de nitrógeno, el suelo por los minerales; minerales, por ejemplo, el uranio, éste por la energía atómica, que puede ser desintegrada para destrucción o para usos pacíficos (pp. 123-124).

El provocar a la naturaleza es la nota característica de la técnica moderna. La provocación exige a la naturaleza liberar el carbón, petróleo; obstruye (*verbaut*) ríos para generar energías hidroeléctricas. Asimismo, esa provocación explota metales de diversa índole del seno de la tierra y de las montañas, sobre todo, el *uranio*. ¿Qué es el uranio y para qué sirve? El uranio es un elemento químico de alta potencialidad. Esta potencialidad puede ser aprovechada tanto en favor como en contra del ser humano. He aquí algunos de los beneficios de la energía nuclear: Es utilizada en la medicina, sobre todo, en el área de radiología. También se usa para generar energía eléctrica y mecánica. Pero, el lado oscuro de la potencialidad del uranio, podemos ver en estos dos aspectos: a) la bomba atómica y b) combustible nuclear.

Por un lado, en 1945, después de un arduo estudio sobre las propiedades del uranio, este mineral mostró su potencialidad negativa calcinando instantáneamente a miles de personas. He aquí la descripción que hace Aczel (2014) en las primeras frases de la introducción de su libro, que se titula las “guerras del uranio”:

La culpable de aquel caos fue la bomba atómica que, por primera vez, era dirigida contra la confiada población civil en una ciudad de 350.000 habitantes. El artefacto había sido construido con un raro isótopo del uranio conocido como uranio 235 (U235), que durante dos años había sido refinado y purificado a partir del mineral de uranio en una operación secreta conocida como Proyecto Manhattan.

Esta descripción se refiere a la destrucción de la ciudad de Hiroshima. Esa ciudad no solo quedó inmediatamente calcinada, sino el efecto también alcanzó a las aldeas aledañas, cuyos habitantes, si bien no fueron alcanzados por el impacto de la bomba, sin embargo, ella siguió produciendo a través de su radioactividad malformación de personas y fallecimientos paulatinos a causa del cáncer.

Por otro lado, el uranio es utilizado como combustible nuclear. El uranio es una de las realidades des-ocultadas mediante una agresiva provocación a la naturaleza. Las consecuencias medioambientales que deja la extracción del uranio de la tierra son desastrosas. El proceso de extracción del uranio daña tremendamente al ecosistema. Exponemos a continuación un dato aterrador que nos proporciona la *Organización*

Internacional de Energía Atómica (AIEA)² con el fin de dimensionar la magnitud del daño ocasionado a la naturaleza.

La AIEA había publicado en su boletín vol. 21, nº 2 que “es necesario tratar de 500 a 5000 kg de minerales por cada kilogramo de uranio extraído”. Este dato es impresionante, porque connota la provocación, que ejerce el ser humano sobre la naturaleza. Debe destruir un promedio de 2, 5 toneladas de rocas solo para obtener 1 kilogramo de uranio.

El uranio se explota en varios países del mundo, sobre todo, después de la segunda guerra mundial, porque es el combustible de los reactores nucleares. Un reactor nuclear necesita 1000 toneladas de uranio para funcionar durante un año. ¿Cuántas toneladas de rocas deben ser demolidas para obtener 1000 toneladas de uranio? Además, el proceso de producción y tratamiento del uranio es tremendamente peligroso para las personas, porque su radioactividad es mortal.

La técnica moderna des-oculta el ente de una manera provocante. Lo des-ocultado lleva la categoría de lo constante (*Bestand*), es decir, lo des-ocultado es depositado como meras *existencias*, listas para ser comercializadas. Lo constante, que viene des-ocultado, se convierte en *stocks*.

Es necesario preguntarse ante este orden de cosa: ¿Quién pone en acción el des-ocultar provocante de la naturaleza? Es el ser-humano, pero él no es responsable de la manifestación de la técnica moderna. ¿No parece contradictorio esta proposición? Al respecto dice Heidegger (1997): “El hombre puede, ciertamente, concebir, formar e impulsar, esto o aquello, de una manera o de otra. Pero, del desvelamiento, en el que, en cada caso lo real se muestra o se retrae, no dispone el hombre” (pp. 126-127). Esta postura ante la técnica moderna es *sui generis*, porque la técnica moderna es una manifestación del ser, es el modo como el ser se da a conocer.

La técnica como des-ocultar provocante es un signo de nuestro tiempo. Hay que ir detrás de ese signo y descubrir hacia adonde nos conduce, donde nos lleva... En otras palabras, el ser-humano debe ser capaz de descubrir el lenguaje del ser, entender su propósito, pero lo cierto es, que el ser-humano se ha distanciado del ser, porque se ha ocupado casi ciegamente de entes o de cosas existentes que están inmediatamente a la mano y en este sentido se ha obnubilado ante las diferentes manifestaciones de la técnica (máquinas de diferentes índoles) y ha descuidado el ser... En este sentido no debemos confundir ente (o cosas, medios o maquinas) concreto con el ser. Este celular es un ente, pero, no es el ser. El ser no viene aprehendido a través de concepto, menos como objeto; el ser se manifiesta en los entes, incluso en el hombre, pero, tampoco hay que pensar que el ser es el hombre. El ser se manifiesta como una centella en el hombre, por eso, el hombre es el único ente que puede seguir la señal del ser; puede seguir su destino para volver a mantener una relación originaria y genuina con él. Estando así, el ser-humano viene también provocado por el ser para responder a las exigencias de su manifestación.

² Cfr. también López Arnal, S y Rodríguez Farré, E. (2008, p. 134).

Sólo en cuanto que el hombre, por su parte, está provocado ya a pro-vocar las energías de la naturaleza, puede acontecer este des-ocultar establecedor. Si el hombre está pro-vocado y establecido para eso, entonces ¿no pertenece el hombre, más originariamente aún que la naturaleza, a lo constante? (p. 127).

El hombre es un técnico por excelencia y en cuanto técnico es el instrumento más eficaz para provocar desocultando la naturaleza; pero esto significa también que él ya está provocado y en cuanto provocado se constituye como un *constante*, como una *subsistencia*, como una *reserva*, como *stock*. El hombre deviene, según Heidegger, en esta época de la técnica moderna un mero “material humano” (p. 127), que está ahí disponible para ser usado y desechado; o como dirá Horkheimer (1973) unos años más tarde “el dominio sobre la naturaleza incluye el dominio sobre los hombres” (p. 87). El hombre dentro de este sistema técnico es considerado como un “animal de trabajo”, cuya misión principal no es cultivar y cuidar la naturaleza, sino, más bien, explotar la energía y llenar los depósitos de *stocks*, de reservas. Dentro de esta perspectiva, el hombre tiene “valor”, o “dignidad” en la medida que produce, que rinde, que trabaja... El hombre en cuanto produce se convierte en un animal funcional, de ahí, el concepto de funcionario. El funcionario es aquel que desempeña un rol determinado dentro de un sistema productivo; cooperara y permite que lo constante (el *stock*) no falte. Las figuras, que manifiesta al hombre como un material humano, son múltiples: En las guerras, silos soldados mueren en su puesto, simplemente se les sustituyen. En las fábricas e industrias y en cualquier ambiente laboral, el ser-humano vale lo que vale su fuerza de producción, si disminuye su producción, disminuye su valor, si deja de producir, simplemente se le sustituye por otro, pues, hay muchos hombres en *stock*.

Esta lógica es constante en todo ambiente laboral. El hombre llegó a tal punto que dejó ser tal, renunció a su ser, perdió el tino del sentido de su existencia.

El hombre es concebido como un mero material de producción que le reduce a la condición de cualquier objeto. Está ahí en cualquier lugar, en algún estante como *stock* aguardando en el mejor de los casos que alguien compre su fuerza de trabajo; o en el peor de los casos desechado del sistema y remplazado por otro o por una maquina (*robots*).

El hombre moderno no solo está desorientado, sino también perdió la relación armónica con la naturaleza. ¿Cómo recuperará el sentido de su ser? ¿Cómo llegará a reconciliarse con el ser y con la naturaleza? Al respecto nos indica el filósofo que “precisamente porque el hombre está pro-vocado más originariamente que las energías naturales a saber, al establecer, no llega a ser jamás un mero constante. Impulsando el hombre la técnica, participa en el establecer en cuanto un modo del des-ocultar”(p. 127). El hombre ya está provocado por el ser para provocar a la naturaleza y liberar sus energías. Sigue el ritmo del ser en el desocultar provocante y así responde a la manifestación del ser. “Cuando el hombre, a su manera, dentro del desvelamiento, desoculta lo presente, entonces él no hace sino corresponder a la llamada del desvelamiento, aún cuando la contradiga” (p. 128). El hombre en este obnubilado corresponder al desvelamiento del ser es llevado al extremo de su existencia, es conducido al borde de su destrucción, porque la técnica moderna, por un lado, se le presenta fascinante, pero, por otra parte, él no percibe que eso que le fascina también le

amenaza mortalmente. ¿Puede el hombre reencausar su existencia? No es fácil responder a esta pregunta. Nuestro filósofo tendería a responder negativamente, porque este sistema de cosas no depende del hombre, sino del ser, que palpita en él; porque es la manera como se manifiesta el ser, por tanto, ninguna fuerza humana podría contenerlo o influir en él para cambiar su surco. ¡Esta posición connota un determinismo y fatalismo! La manifestación de la esencia de la técnica es el destino del ser. Al respecto dice Heidegger “que la técnica es el destino de nuestra época; donde destino mienta: lo fatal de un curso inalterable” (p. 136). El desocultar provocante es inherente a la condición humana y el hombre no puede evitar su manifestación catastrófica.

¿En qué consiste la esencia de la técnica moderna al fin y al cabo? En la técnica moderna domina dos dimensiones fundamentales, que es el desocultar provocador del hombre y la respuesta a esa provocación de la naturaleza. La apertura abre la posibilidad del desocultamiento, la posibilidad que acontezca la verdad del ser (αλεθεια). De aquí, se comprende el concepto alemán «*Dasein*» que significa literalmente «existencia», pero la «existencia humana». «*Da*», significa «ahí», «*sein*», ser. «Ser-ahí». En otras palabras, *Dasein* tiene el sentido de estar siempre en la claridad del ser, pues, ya está siempre abierto... la naturaleza está ya dispuesta desde siempre a mostrar lo oculto de su ser. Solo a partir de esto podemos comprender la esencia de la técnica moderna. Al respecto dice Heidegger:

Nosotros llamamos ahora aquella interpelación provocante, que reúne al hombre en ella a establecer lo desocultado como constante, lo dis-puesto. (*das Gestell*)... Dis-puesto significa lo reunidor de aquel poner, que pone al hombre, esto es, lo pro-voca, a desocultar, en el modo del establecer, lo real en cuanto constante. Dis-puesto significa el modo del desocultar que impera en la esencia de la técnica moderna y que él mismo no es nada técnico (pp. 129-130).

Lo reunidor aquí corresponde al *Dasein*-humano, en cuya existencia se abre el ser y se comprende mediante el *logos*. En lo dis-puesto de la técnica moderna se conecta el desvelamiento del ser del *Dasein* y el desocultamiento de lo real, que es transformado en constante. La esencia es lo que constante y lo constante en la técnica moderna es la provocación que desoculta permanentemente entes.

Peligros relacionados con la esencia de técnica moderna

¿Depende la técnica moderna de las ciencias exactas? No cabe duda, que existe una co-implicancia entre las ciencias exactas y la técnica moderna. En este sentido Heidegger nos dice, “que la técnica moderna [...] se apoya en la ciencia moderna, natural y exacta. Entretanto vale también lo inverso: la física moderna, en cuanto experimental, está referida a los aparatos técnicos ya al progreso en la construcción de aparatos” (p. 122). Esta relación es clara, basta traer a colación los grandes laboratorios experimentales, sean químicos, biológicos, físicos etc., para constatar esa relación. La física, por ejemplo, nos dice Heidegger:

Pone a la naturaleza como lo que hay que concebir en cuanto conexión de fuerzas, previamente calculable, es por lo que se establece el experimento; esto es, para

indagación de si la naturaleza, puesta de esa manera, se anunciará y como lo hará. (p. 131)

En esta cita está clara la misión de la física, que orienta su potencialidad calculadora y previsoras para dar al flanco más débil de la naturaleza; en otras palabras, prepara el modo mejor posible para el des-ocultamiento provocante de lo real a los efectos de convertirlo en constante. Estando así, “la teoría física moderna de la naturaleza es la que prepara el camino no sólo de la técnica, sino también de la esencia de la técnica moderna” (p. 131). Las ciencias exactas y la técnica moderna no sólo explora lo oculto de la tierra, sino también del espacio para des-ocultar provocándoles a que liberen sus energías y puedan ser transformadas en productos de comercialización.

La exploración del espacio, por ejemplo, se fundamenta en predicciones matemáticas, físicas y químicas bien rígidas, que abren las posibilidades de conquista y dominación. Con la exploración espacial el hombre actual consigue trasladarse cada vez más lejos de la tierra. Esas expediciones espaciales son llevadas a cabo con la ayuda de montaje técnico altamente cualificado (las naves especiales, satélites, etc.). Esto nos muestra que la ciencia y técnica van de la mano.

El cálculo matemático no sólo adelanta las predicciones sobre los fenómenos naturales en la tierra, sino también impulsa la exploración del universo. La finalidad de estas exploraciones no sólo es conocer el comportamiento de los astros, sino encontrar un lugar habitable para el hombre, o encontrar algún material que pueda convertirse como constante, que luego pueda ser comercializado. Tanto la ciencia como la técnica moderna son productoras, ambas están al servicio del capitalismo salvaje, que mueve al hombre contemporáneo a consumir. Crean necesidades aparentes y esperanzas de bienestar en la gente. Dentro de esta lógica consumista y globalizada, el hombre contemporáneo de los países desarrollados experimenta el *confort*, mientras que millones de hombres siguen bregando en busca de ese mismo confort...

La esencia de técnica moderna es lo dis-puesto (*Ge-stell*). En lo dispuesto ya está des-oculto provocativamente tanto el *Dasein*-humano como la naturaleza. El hombre es provocado para incitar y explotar de la naturaleza para liberar sus energías; sin medir las consecuencias de la acción sistemática del des-ocultamiento de la naturaleza.

La esencia de la técnica moderna, esto es la situación histórica de nuestra época, es un horizonte sombrío, tenebroso y fatal; es un viaje, sin viso de un fin feliz, es un camino, sin retorno..., salvo que el *Dasein*-humano recapacite y trate de dar un rumbo distinto a su destino. ¿Por qué figurar de este modo el futuro de nuestra era, o mejor dicho, de la era de nuestra historia, de la era de nuestra tierra? Heidegger, en este sentido, nos dice, que “la esencia de la técnica moderna lleva al hombre al camino de aquel desocultar [...]. Poner en un camino quiere decir en alemán *schicken* -destinar-” (p. 131). Esto significa, que el hombre des-ocultador técnico es necesariamente provocador, por lo tanto, un agresivo, soberbio, insolente, egoísta e insaciable. El hombre moderno está destinado a liberar su *hybris* (*ὑβρις*), a des-ocultar sus potencialidades para llevar a la condenación y destrucción total el planeta. En palabra de Heidegger (1994) suena de la siguiente manera: “La época que ahora comienza se denomina últimamente la era atómica. Su característica más llamativa es la bomba atómica” (p. 4). La explotación

progresiva del uranio, que sirve de combustible para los reactores nucleares, cuyas instalaciones están diseminadas por todo el continente, muestra patentemente un peligro real de destrucción masiva. Esta realidad, en la que nos encontramos, simplemente es preocupante, y esta preocupación crece en la medida, que se tome conciencia de ella. La permanencia de nuestra existencia sobre la tierra no es nada segura, desde casi todos los puntos de vistas que se la miren. Corroborar este pensamiento un docto por excelencia en esta cuestión, Albert Einstein (1995), quien sostiene la siguiente perspectiva: “El armamento de destrucción disponible es de tal magnitud que ningún lugar de la tierra se ve a salvo de una destrucción total y repentina” (p. 25). Esta sentencia pronunció el citado filósofo y científico en el año 1946 y conste que en aquella época sólo existía un reactor nuclear, dirigido por Robert Oppenheimer, conocido también como *Proyecto de Manhattan*. Unos años después, Rusia construye y pone en funcionamiento otro reactor y así inicia un entusiasmo ferviente por los países para explotar la energía nuclear.

La experiencia de Hiroshima y Nagasaki no fue considerada para desestimar, intimidar y desterrar la posibilidad de cualquier intento de construcción e instalación de los reactores nucleares, pues, por el contrario, la avidez y la pasión por la energía atómica crecen. Los argumentos, que esgrimen los países como motivos para su creación, son a primera vista nobles, porque destacan que esos reactores serán construidos para fines pacíficos y, por lo tanto, serán de mucho beneficio para la sociedad. Pero, pareciera ser, que en el fondo las intenciones de estos países, que impulsan y construyen los reactores, son ajenas a la paz. No obstante, es conveniente traer a colación la situación general de estas instalaciones nucleares tanto en la región como en las otras. En este sentido, nos preguntamos: ¿Cómo está hoy en día América Latina y el Caribe con las políticas energéticas atómicas? Tres países de América Latina y el Caribe poseen reactores nucleares: Argentina, Brasil y México, pero, varios países en este continente solicitaron la creación de reactores nucleares en estos últimos años a la *Organización Internacional de Energía Nuclear* (OIEA). Así, como se puede percibir, hay mucho interés en la construcción de las centrales nucleares. Y ¿Cómo están hoy día las centrales nucleares a nivel planetario? ¿Cuántos reactores nucleares existen hoy día sobre la tierra? Pues, he aquí los últimos números de las centrales nucleares, arrojados por la OIEA (2019):

Al final de 2019, los 443 reactores nucleares en funcionamiento en todo el mundo tenían una capacidad total de generación de 392,1 gigavatios (eléctricos) (GW(e)). Durante el año, se conectaron a la red 6 reactores de potencia... Se inició la construcción de 5 reactores, lo que eleva a 54 el número de reactores en construcción en todo el mundo (p. 1).

Si esto no es preocupante, entonces, de qué debemos preocuparnos. La humanidad está en mano de algún docto en física o química, o de algún alto jefe de estado o militar, que tiene acceso directo a estas energías. Basta que uno de ellos se deje llevar por su *hybris* (por sus impulsos delirantes) y apriete alguna tecla y libere esas fuerzas mortales. Si Einstein, pronunció aquella advertencia en el año 1946, donde sólo se contaba con un reactor, pero, cuyo efecto se palpó claramente en la destrucción de aquellas mencionadas ciudades japonesas, entonces, debe crecer la ansiedad, puesto que hoy día existen 449 reactores activos y 54 en proceso de construcción...

El destino, que traza la esencia de la técnica y la avidez provocadora del *Dasein*-humano, donde la naturaleza está presionada a liberar más y más su energía, es incierto y preocupante; porque aquí radica el verdadero peligro de la humanidad. El hombre cree que controla todo, pero también es consciente que no está controlando nada, y el peligro se anida justamente ahí, donde aún existen realidades ocultas, «misteriosas», que no se saben cómo podrían venir a la luz. Al respecto expresa Heidegger (1997), “emplazado³ entre estas posibilidades, el hombre, desde el destino, está en peligro. El destino del des-ocultamiento es en cuanto tal y en todos sus modos, y por eso necesariamente, peligro” (P. 136). El temor radica en el hombre, porque él sabe, que lleva inherente la posibilidad de equivocarse en su destinal provocación a la naturaleza. La sospecha de esta equivocación crece, puesto que la naturaleza está deteriorada, está desgastada, por eso, nosotros experimentamos cada vez más los efectos de su desequilibrio. La naturaleza reacciona a esas incesantes provocaciones agresivas del hombre. Heidegger dice al respecto: “Lo peligroso no es la técnica. No hay ningún demonio en la técnica, sino, por el contrario, el misterio de su esencia. La esencia de la técnica es, en cuanto un destino del desocultar, el peligro” (p. 139). El peligro es la esencia de la técnica, es decir, lo que perdura en ella y lo que se impone provocativamente a la naturaleza. El misterio, del cual habla Heidegger, es lo desconocido, lo que aún está oculto, lo que todavía no está saliendo a la luz, pero, que en cualquier momento puede salir...

Reorientación del hombre ante lo inminente de la modernidad

El destino de la técnica moderna, en el que está involucrado el hombre, tiene un paraje desconocido, incierto, pero mortalmente peligroso. Lo dis-puesto (*Ge-stell*), en lo que la técnica manifiesta su esencia y el hombre emplazalo real en lo constante y lo transforma en subsistencia (*stocks*), o sea incita permanentemente a la naturaleza para liberar su energía mediante el desocultamiento provocador. Dentro de esta dinámica histórica del hombre crece por doquier el peligro, pero, a su vez, se vislumbra una tenue luz en el horizonte, porque ahí, donde la esencia destinal de la técnica se hace sentir con patencia, pues, también crece la posibilidad de salvación. En este sentido Heidegger (1997) trae a colación una expresión de Hölderlin, quien expresa: “Pero, donde hay peligro, crece también lo salvador” (p. 139). Heidegger encuentra en esta sentencia una esperanza, que puede estimular al hombre para apropiarse de sí mismo y descubrir el sentido del ser. El hombre puede recapacitar y pensar de un modo diferente. El hombre es impredecible. Tiene el poder no sólo de salvarse a sí mismo, sino también salvar a la tierra, a pesar de que esto sea inverosímil.

Heidegger en la entrevista con el corresponsal de la revista *Spiegel* en 1966 se refirió al peligro de la esencia de la técnica moderna, que amenaza al hombre. Sostenía,

³ Es muy sugerente en este sentido la lectura que hace Esquirol (2011) del verbo *stellen* que significa “poner (y también: poner en un puesto, emplazar). Emplazar en el sentido de exigir con cierta fuerza, así de imponer y, por tanto, con el trasfondo del poder... El emplazar expresa como separar, transformar, acumular, distribuir y conmutar (p. 55).

que la filosofía no tendría los recursos inmediatos para revertir este estado de cosas, porque ella está dominada por un lenguaje óntico, que le mantiene alejado del ser. Heidegger (1996) sostiene en este sentido que:

La esencia de la técnica -es- la «im-posición» -y esto- significa: El hombre está colocado, requerido y provocado por un poder, que se manifiesta en la esencia de la técnica... Ayudar a comprender esto: el pensamiento no puede hacer nada. La filosofía ha llegado a su fin. (pp. 72-73)

El ser se manifiesta en el hombre y así este no solo propicia y alimenta la esencia de la técnica, sino también está arrastrado por ella. El hombre se constituye en la fuente más poderosa de la provocación. Él es “requerido” en la manifestación constante de la técnica, porque es el medio por excelencia de destrucción. La filosofía no puede reaccionar ante esta situación, puesto que ella misma está al servicio de la esencia de la técnica. La metafísica tradicional, que subyace en la ciencia y en la técnica moderna, centra su atención en el ente y no en el ser del ente⁴. La filosofía está des-potenciada y, por tanto, no tiene fuerza para reorientar este estado de cosas. A esta metafísica le está velado el acceso al ser. Heidegger (1994) dice al respecto:

Al hombre de la Metafísica le está negada la verdad todavía oculta del ser. El animal trabajador está abandonado al vértigo de sus artefactos, para que de este modo se desgarré a sí mismo y se aniquile en la nulidad de la nada. (p. 65)

Esta filosofía y, por ende, la metafísica se ocupa de entes y no del ser. El hombre moderno está obnubilado por las maravillas del “progreso” científico-técnico, porque cuanto más provoca a la naturaleza, tanto más presiona para liberar su energía. Las energías son disponibilizadas como subsistencias; las cuales son consumidas en pro del confort de una minoría. De este modo, la ciencia y la técnica progresan sobre la explotación óntica, y no ontológica, puesto que el ser es olvidado, lo fundamental queda relegado. ¡Esto es el error! La maravilla óntica nos enceguece, nos apeliagra y nos lleva a la destrucción. Pues, según Heidegger (1994) “el porvenir esencial del ser del ente no está pensado. Lo que propiamente está por pensar queda reservado” (p. 125). La manifestación del ser, en la que la verdad del ser sea mantenida en el custodiar de lo oculto y des-oculto y que la naturaleza siga brotando con el cuidar y cultivar armoniosos, es el establecimiento de la armonía. De ahí, lo que es necesario es preparar el camino para un nuevo pensar. La metafísica tradicional, que no percibe la diferencia ontológica, no será de ayuda en esta tarea, tampoco los esfuerzos y los afanes meramente humanos podrán evitar una posible aniquilación del hombre y, por consecuencia, su permanencia sobre la tierra. Ante este sombrío panorama, clama Heidegger (1996), “solo un dios puede aún salvarnos” (p. 73). ¿Qué significa lo salvífico? ¿Puede el *Dasein*-humano constituirse su propio salvador?

La salvación es una categoría teológica. En la cosmovisión religiosa cristiana, por ejemplo, la salvación es clave. La salvación, por un lado, es el acto de cumplimiento de la promesa de Dios, que consiste en acoger en su gloria al hombre creyente. Por otro lado,

⁴ Cfr. Heidegger, M. *Ciencia y Meditación*. P. 40.

es el acto de consumación de la esperanza del hombre depositada en Dios a través de la fe. ¿Usa Heidegger lo salvífico en este sentido? ¡La esperanza es lo último que se pierde! Al respecto sostiene Heidegger (1996):

Sólo un dios puede aún salvarnos. La única posibilidad de salvación la veo en el que preparemos, con el pensamiento y la poesía, una disposición para la aparición del dios o para su ausencia en el ocaso; dicho toscamente, que no «estiremos la pata», sino que, si desaparecemos, que desaparezcamos ante el rostro del dios ausente. (pp. 71-72)

Si la metafísica tradicional no es capaz de reorientar el camino del hombre y la esencia de la técnica cada vez más escurre de la mano del hombre, puesto que, según Heidegger (1996): “La técnica en su esencia es algo que el hombre, por sí mismo, no domina” (p. 69); entonces pareciera ser que todo esfuerzo será en vano. Si bien, hay mucha verdad en esta sentencia, sin embargo, Heidegger aboga por un nuevo pensar, por el *Ereignis*, el acontecer apropiador del ser que implica una *metanoia*, vale decir, un cambio de pensamiento, donde la justicia y la bondad del hombre sean los caminos posibles de la salvación del hombre. En este sentido Heidegger (2000) escribe a Hannah Arendt en una carta, donde expresa “que el ser humano debe experimentar la articulación más interna del Ser para emplazarse ahí donde se expone a que la justicia no sea una función del poder, sino el rayo de la bondad salvadora” (p. 76). El cambio de pensamiento debe ajustarse a la justicia que afecte no solo a las acciones morales cotidianas, sino también debe llegar a un nivel *cósmico*. Esta justicia debe apelar a la bondad, la cual emerge directamente del amor, una dimensión esencial del hombre. Una justicia fundada en la bondad se constituiría en un contenido eficiente del nuevo pensamiento emergente para cambiar el surco de la historia. Este nuevo pensamiento exige tomar en serio la cuestión del ser y comprender su manifestación a los efectos de no perder de vista al hombre en todas sus dimensiones. Trata reconstruir nuevamente el vínculo de la cuaternidad (*Geviert*), vale decir, de la relación armónica entre la tierra y el cielo, entre los divinos y los mortales. Se debe esperar activamente lo que deba acontecer (la inminente destrucción del mundo) y no esperar que lo inminente suceda con los brazos cruzados. La fe puesta en Dios es necesaria. La esperanza en el Dios ausente será el último que se pierda, pero no sustituirá a la acción libre del hombre.

La armonía del hombre con la cuaternidad se logra solo a partir de la comprensión de la palabra «habitar»; esto significa para Heidegger (1994) “haber sido llevado a la paz, quiere decir: permanecer a buen recaudo, apriscado en lo *frye*, lo libre, es decir en lo que cuida toda cosa llevándola a su esencia. *El rasgo fundamental del habitar es este cuidar (mirar por)*” (p. 131). El habitar es el modo por excelencia de la existencia humana. El habitar liga al hombre a la tierra. Todo enraizamiento encuentra su sentido a partir de la tierra, sin tierra no hay raíz, por lo tanto, no existe un habitar. Si bien es cierto, en la actualidad existen esfuerzos de conquistar el espacio con el fin de encontrar condiciones favorables para la subsistencia humana, pero hasta el momento esos esfuerzos son inútiles. ¡El habitar del hombre está en peligro! El habitar vincula al hombre con la cuaternidad y exige de él un *cuidar* del equilibrio de la misma. Si se vuelve a reconciliar estos cuatro aspectos esenciales, entonces, el hombre podría reencausar el fatal destino de su aniquilación y la destrucción del planeta.

Dios siempre se mantendrá en el ocaso aguardando en la decisión libre y sensata del hombre, esperará desde su ausencia la recapitación y reversión de sus acciones.

El destino (*Geschick*), que impera en lo dis-puesto (*Ge-stell*) de la esencia de la técnica moderna, puede, quizás, cambiar su surco a través de un nuevo pensamiento que conduzca la acción del *Dasein*-humano hacia un orden de las cosas totalmente diferentes. Si bien, nos expresa Heidegger (1997) que:

La más peculiar amenaza se ha introducido ya en la esencia del hombre. El dominio de lo dis-puesto amenaza con la posibilidad de que el hombre pueda rehusarse a retrotraerse a un desocultar más originario y así negarse a experimentar el aliento (*Zuspruch*: llamada) de una verdad más inicial. (p. 139)

Si bien es cierto, que el *Dasein*-humano no conciba la idea y la posibilidad de vivir sin el confort, proporcionado de la técnica moderna, a pesar de que ese *confort* le conduzca hacia la aniquilación; sin embargo, él tiene todavía en sus manos la posibilidad de emplazar (reemplazar) positivamente su relación con la técnica. *El Dasein-humano es libertad*. Él puede buscar nuevamente una relación favorable, es decir, una relación originaria y verdadera con el ser; puesto que esa relación entre ente, incluido al *Dasein*-humano, y el ser se ha bifurcado en la historia. La época actual, que se caracteriza por la esencia de la técnica moderna, exige volver a preguntarse por el sentido del ser. El *Dasein*-humano debe volver a ser la casa del ser. El *Dasein*-humano dentro de esta posibilidad de *metanoia* puede volver a “custodiar el desvelamiento y con él el previo velamiento de todo ser sobre esta Tierra” (p. 144). Pareciera ser que la libertad del hombre aún mantiene la esperanza de la salvación.

Conclusión

La modernidad y el surgimiento de la técnica: La modernidad es un tema crucial de los filósofos; estos se interesan no solo de establecer su origen, evolución, sino también sus aspectos constitutivos. Habermas se adhiere a la perspectiva hegeliana de la modernidad, quien ancla este fenómeno en la ilustración y, sobre todo, en la revolución francesa, las cuales, a su vez, se entroncan con el racionalismo de Descartes. El racionalismo justificó filosóficamente la modernidad y el capitalismo, los cuales están sólidamente fundamentados por una subjetividad radical, que se erige como fundamento incondicional de transformación y de progreso, y también de dominación. Tanto el racionalismo, la ilustración y la revolución francesa crearon la modernidad eurocéntrica, que, por un lado, transforma la naturaleza a favor de unos cuantos y, por otro lado, aliena, explota y domina a la mayoría. Es autosuficiente y autoritaria, que no escucha, menos acepta, otra cosmovisión. El ser es Europa, el no-es la periferia, vale decir, el Otro que es extraño al sí mismo o a la subjetividad. Dussel, por el contrario, no solo replantea las condiciones históricas del origen y evolución de la modernidad, sino también critica duramente esa postura totalizadora, opresora y eurocéntrica de la modernidad. Este pensador sugiere retroceder algunos siglos atrás para ubicar el origen de la modernidad y del capitalismo salvaje. El origen está relacionado con el “descubrimiento” de América (1492). Los españoles y portugueses liberaron a Europa del dominio árabe, y las toneladas de platas y oros extraídos de las minas americanas

permitieron a los países europeos salirse de la indigencia, pobreza y subdesarrollo. Estas dos situaciones permitieron a los europeos tener una vida más holgada, más ociosa y burguesa, pues, desde entonces pudieron desarrollar pensamientos de emancipación, auto justificadora y, a su vez, pensamiento autónomo y libre. El eurocentrismo debe aprender a dialogar y entender que tiene la obligación de resarcir de un modo u otro el perjuicio histórico que causó a la humanidad, sobre todo, a América del Sur, África, Asia, y otros pueblos que sufrieron el jugo de la explotación, robo y exterminio. Debe subsanar el mal causado a esos pueblos, que hoy están sumidos en el subdesarrollo. Un diálogo de fondo es necesario para una emancipación neocolonial, vale decir, una liberación de pensamiento y de acción autónoma de reconstrucción social, política, educativa, económica, cultural, etc.

La esencia de la técnica moderna: La técnica moderna nace dentro de este contexto de la racionalidad instrumental. La significación de la técnica en cuanto medio para alcanzar un fin y en cuanto está vinculado estrechamente con el hombre, pues, nos llevó a explorar y explotar su sentido poético. La técnica como fenómeno es un desocultamiento, saca a la luz un ente, que estaba oculto y lo constituye en un instrumento, que por su naturaleza es un medio para obtener un fin. La poiesis es la capacidad productiva del hombre, el que en el fondo permite que la naturaleza se manifieste y se done como realidades ónticas (entes, existentes); pero, esta capacidad poética del hombre excede los límites de la exigencia a la naturaleza y se transforma en una provocación. El hombre en su afán de transformar la naturaleza y producir subsistencias (*stocks*) para comercializarlas, pues, emplaza a la naturaleza liberar sus energías, vale decir, provoca permanente y sistemáticamente los rincones del planeta y también trata de conquistar dentro de esta misma perspectiva otros planetas de la galaxia. Ante esta situación la naturaleza emite signos claros de advertencias al hombre, por ejemplo, la explotación del uranio le señala autoaniquilación y exterminio a nivel planetario. La inteligencia artificial advierte al hombre la sustitución del concepto de naturaleza, puesto que la máquina rápidamente está siendo inherente a la vida del hombre (esto no solo en el uso del celular, o de un automóvil o un avión, sino, sobre todo, la producción de *robots* de diferentes tipos y para fines concretos, en la explotación de la biotecnología, prótesis, implantes de sensores, manipulaciones genéticas, etc.). La esencia de la técnica corre por su cuenta, vale decir, si bien es causada por el hombre, sin embargo, se le fue de la mano, ya no tiene dominio sobre ella. He aquí el gran problema, puesto que esa esencia se alimenta del emplazamiento continuo de la naturaleza hasta tal punto que el hombre quedó obnubilado por sus maravillas (progreso, confort, etc.) y no percibe su mortal peligro. En otros términos, el hombre quedó atrapado en el laberinto óntico, en el laberinto de lo existente, y perdió de vista lo más importante que es el sentido del ser. Lo más importante del ser humano fue olvidado. El ser.

Los peligros relacionados con la técnica moderna: La esencia de la técnica es inherente al hombre, no precisamente porque este la produce con su capacidad poética, sino porque él mismo es conducido por su *hybris* a provocar y explotar sin más la naturaleza. Su *hybris* lo dispone (*gestellt*) para su auto-aniquilación, puesto que perdió el control de su producción, la técnica. El afán de desocultar que mueve al hombre

moderno deja secuelas y consecuencias incalculables no solo para la humanidad en sí, sino también para la subsistencia del planeta. El peligro aterrador provocado por la bomba atómica es comparado en la actualidad como un cáncer maligno de la humanidad, cuyo efecto se sentirá solo en la víspera de la muerte.

Reorientación del hombre ante el inminente peligro de la esencia de la técnica: Ante este orden de cosas el panorama del hombre no es nada auspicioso. El destino del hombre está marcado por un apocalíptico fin, pero una reacción positiva ante el inminente y catastrófico fin es aún posible. Si bien es cierto, que la filosofía centrada en lo ente, es decir, en lo que existe en cuanto tal, no puede rastrear el sentido del ser, porque este dejó de ser desde el origen del pensamiento su ocupación; la filosofía no solo se olvidó del ser, sino también montó todo su aparato lingüístico para pensar solo lo óptico y no ontológico. La filosofía no tiene nada que decir a la esencia de la técnica, porque ella misma también constituye de algún modo esa esencia, en este sentido la filosofía tradicional llegó a su fin. De ahí, que es necesario inaugurar un nuevo pensamiento, que se apropie de la cuestión del ser y aprehenda su sentido, vale decir, su acontecer apropiador. En este marco del nuevo pensamiento juega un rol preponderante la libertad del hombre, porque deberá reencausar su modo de actuar y tratar de armonizar los elementos de la cuaternidad, donde el hombre debe volver a vincularse positivamente con la tierra y el cielo, los dioses y los mortales, vale decir, debe comprender que sin el cuidado de su hábitat estará más alejado de la posibilidad de permanecer en el planeta. El hombre está enraizado en la tierra, desde la tierra toma conciencia de sí y de su entorno, y desde ella se relaciona con los demás elementos; pero la esencia de la técnica lo separa de la tierra con su asombro, producción y alienación. El hombre no dimensiona el peligro ante el que se encuentra, puesto que está obnubilado por la maravilla óptica, que emerge a la luz; no evalúa con seriedad las consecuencias de la provocación a la naturaleza. El habitar busca la cercanía del ser, busca comprender su destino y trazar una meta para reorientar su pensamiento y modificar su acción destructora de la naturaleza. Dios ayudará al hombre en la medida que este busca retomar la meditación sobre el ser y tomar conciencia de su cercanía, pues, de esta manera puede encontrar el camino de reconstruir su relación armónica con la cuaternidad. Este es el sentido del ser y la puerta de la esperanza de la especie humana en la tierra, de lo contrario el hombre debe prepararse a perecer ante el ocaso del Dios ausente.

Referencias

- Aczel, A. D. (2014). *Las guerras del uranio. Una rivalidad científica que dio origen a la era atómica*. Barcelona, España: RBA libros S.A.
- Delgado de Cantú, G. M. (2005). *El mundo moderno y contemporáneo. De la era moderna al siglo del imperialismo*. México, México. Pearson Educación.
- Descartes, R. (2014). *El discurso del método*. Madrid, España. Colección Austral, Espasa Calpe.
- Dussel, E. (1994). *El encubrimiento del otro: Hacia el origen del mito de la modernidad*. La Paz, Bolivia: UMSA. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
- Einstein, A. (1995). *Hacia un gobierno mundial. En Sobre el Humanismo*. Barcelona, España: Ediciones Paidós.
- Esquirol, J. M. (2011). *Los filósofos contemporáneos y la técnica*. Barcelona, España: Gedisa Editorial.
- Habermas, J. (1989). *El discurso filosófico de la modernidad*. Madrid, España: Editorial Taurus Humanidades.
- Hegel, G.W.F. (1999). *Fenomenología del espíritu*. Madrid, España: Fondo de Cultura Económica.
- Heidegger, M. (1997). *La pregunta por la técnica*. En Martín Heidegger. Filosofía, ciencia y técnica. Santiago, Chile: Editorial universitaria.
- Heidegger, M. (1994). *¿Qué quiere decir pensar?* En Conferencias y artículos. Barcelona, España: Ediciones del Serdal.
- Heidegger, M. (1994). *Superación de la metafísica*. En Conferencias y artículos. Barcelona, España: Ediciones del Serdal.
- Heidegger, M. (1994). *Serenidad*. Barcelona, España: Ediciones Serdal.
- Heidegger, M. (1996). *Entrevista del Spiegel*. En la autoafirmación de la Universidad alemana. El Rectorado, 1933-1934. Madrid, España: Editorial Tecnos.
- Heidegger, M. (1994). *Ciencia y Meditación*. En Conferencias y artículos. Barcelona, España: Ediciones del Serdal.
- Heidegger, M. (1994). *Construir, habitar y pensar*. En Conferencias y artículos. Barcelona, España: Ediciones del Serdal.
- Heidegger, M y Arendt, H. (2000). *Correspondencia 1925-1975 y otros documentos de los legados*. Barcelona, España. Herder Editorial.
- Horkheimer, M. (1973). *Crítica de la razón instrumental*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Sur, S.A.
- Informe Anual de la Organización Internacional de Energía Atómica (OIEA) para el 2019.*
- Jaspers, K. (1980). *Origen y meta de la historia*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- López Arnal, S y Rodríguez Farré, E. (2008). *Casi todo lo que usted desea saber sobre los efectos de la energía nuclear en la salud y el medio ambiente*. Madrid, España: Editorial el viejo topo.
- Marcuse, H. (1993). *El hombre unidireccional*. Un ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada. Buenos Aires, Argentina: Editorial Planeta.
- Reyes Mate, M. (2002). *En América Latina: Un espacio cultural en el mundo globalizado. Debates y perspectivas*. Bogotá, Colombia: Convenio Andrés Bello.